

gislacion civil, todo anuncia el espíritu de fe y de piedad, ideas enteramente evangélicas y una total dependencia del Rey de los reyes, de quien él confesaba ser un débil representante. Leemos todavía en el principio de un edicto suyo esta inscripcion memorable: «Siendo Jesucristo el que siempre reina, Carlos por la misericordia divina, rey y administrador del reino de los franceses y de los lombardos.» Coloca á la cabeza del imperio al eterno monarca, y él solo pretende ejecutar sus órdenes. No acumula como otros conquistadores los pomposos títulos de tantos príncipes y naciones como habia domestado, y no hace mencion de su autoridad sino para traer á la memoria la pesada carga que sobre él gravita. Despues de haber espuesto las leyes hechas para la multitud de sacerdotes y diáconos, añade, que en cuanto á los obispos juzga suficiente recordarles en general las que establecieron sus antecesores. «En cuanto á la Sede apostólica, prosigue, ninguna cosa puede dispensar de honrarla y mostrarla una justa obediencia, aun cuando impusiese un yugo que pareciese intolerable (1).»

La generosidad de este príncipe mayor que su imperio estendia su beneficencia mas allá de los mares y lejos de sus vastos dominios (2). Envió á Africa, á Egipto y á Siria algunas personas de su corte, á repartir considerables sumas á los fieles que gemian bajo el yugo de los musulmanes, y sobre todo á Jerusalén donde llamaba particularmente su atencion y su liberalidad el Santo Sepulcro del Hijo de Dios. Remitió tambien magníficos presentes al califa Aaron para que tratase bien á los cristianos de sus dominios, con lo cual consiguió hacer mas soportable la suerte de aquellos infelices bajo el yugo de este príncipe infiel

(1) *Dist. 19, c. 3; Conc. Tribur. cap. 30.*

(2) *Theg. c. 7.*

que era tan celoso musulman. Aaron, que por otra parte estaba adornado de grandes prendas, supo apreciar las de Carlo-Magno; contrajo amistad con él, y le envió algunos presentes curiosos (799), entre los que causó particular admiracion un reloj de esquisito trabajo, y un elefante, que se dice fué el primero que se vió en Francia. Pero el don mas grato á un príncipe que procuraba suavizar el odio de los árabes contra los cristianos, fueron las llaves del Santo Sepulcro que Aaron hizo se las presentasen como traspasando á él la propiedad de aquel sagrado lugar, que está todavía bajo la proteccion especial de la Francia.

La beneficencia de Carlo-Magno era todavía mayor y verdaderamente paternal para con los fieles que le habia concedido el cielo por súbditos. Ocupábase en verano en sus expediciones militares, y en invierno se entregaba á hacer florecer la prosperidad y abundancia en todas las clases del Estado. Establecianse en distintos sitios almacenes de trigo y cebada y de toda especie de producciones que en presencia suya entregaban sus proveedores á los pobres por la mitad del precio ordinario: ¡espectáculo capaz de conmover los corazones mas insensibles! Véase á este soberano de la nacion mas bella del orbe, y árbitro del resto de él, no solo presidir á estas distribuciones, sino descender hasta á las pequeñeces de todo cuanto pudiese contribuir al alivio de su pueblo.

Tanto mérito y tanto poder no le libertaron de una afrenta sensible de parte de los griegos, ó de la miserable política de su emperatriz Irene. Esta, que al amor de la Religion reunia la pasion de mandar, rompió por egoismo el casamiento que seis años hacia estaba concertado entre el emperador su hijo y la princesa Rotruda, hija de Carlo-Magno, porque recelaba que esta augusta alianza librase á su hijo de la depen-

dencia en que procuraba retenerle, y que este príncipe en tomando las riendas del imperio, si llegaba por su indolencia natural á cansarse, las pondria en manos de su esposa que no dejaria de hacerse amar mas bien que una imperiosa madre que le tenia en eterna sujecion. Carlos, que queria á sus hijos con exceso, á la primera sospecha que tuvo de la injuriosa ligereza de Irene, renunció gustoso á esta alianza estrangera.

El emperador Constantino se casó en el mismo año (778) casi contra su voluntad con una armenia joven, de bajo nacimiento, llamada Maria, y al año siguiente estalló la desavenencia entre el emperador y la emperatriz madre. Echaba él de menos continuamente á la princesa Rotruda y el apoyo del monarca francés, cuyo poder se hacia respetar en toda la tierra. Aprovecháronse los cortesanos de esta ocasion de enredar cada uno segun sus miras. Los señores jóvenes principalmente le decian sin cesar, que era vergüenza que un emperador á la edad de veinte años no disfrutase de autoridad alguna, antes bien disputase sin éxito una parte de ella á su súbdito Estauracio que la gozaba toda, añadiendo que ya era tiempo de recobrar el poder usurpado, de manos de una madre imperiosa que pretendia esclavizarle bajo una interminable tutela. Se resolvió por último, y presentándose á sus tropas las prodigó algunas liberalidades con lo que le declararon por único emperador en el mes de octubre de 790; pero dos años despues de un golpe tan ruidoso, cedió á las persuasiones de su misma madre este inconstante príncipe, y la declaró emperatriz.

No fué menos imprudente el uso que hizo de su poder, separándose de la emperatriz Maria, y obligándola á vestir el hábito de religiosa, por la calumniosa imputacion de que habia pretendido envenenarle; pero el oprobio de este supuesto delito

recayó sobre él. Todos vieron claramente el motivo de aquella violencia, porque muy luego dió su mano á Teodota, que era una de las damas de la princesa (795). La ambiciosa Irene que le habia obligado á contraer el primer enlace, fué la que le escitó á romperle con una malicia que parece no haber en el corazón de una madre, pues su objeto fué hacerle el blanco del odio público para tomar de nuevo ella sola la autoridad de la diadema, plan que tuvo aún mejor éxito del que ella podia presumirse (1).

Impaciente Constantino de celebrar su fatal casamiento, envió á buscar á toda prisa al patriarca Tarasio, y desde que le divisó corrió á recibirle con las señales mas seductoras de confianza y distincion (2). No se contentó con hacerle sentar á su lado segun la costumbre de los emperadores con los patriarcas, sino que usó con él del tono y lenguaje respetuoso de un hijo, afirmando que siempre le habia mirado como á padre, y añadiendo que en recompensa de su cariño esperaba de su afecto paternal que concurriria á librarle de los atentados de una miserable parricida, que él mismo habia elevado al trono desde el lodo, y que queria pagarle con un veneno. A esta imputacion, que no merecia una seria refutacion, respondió el patriarca con un hondo suspiro por el oprobio de que iba á cubrirse el emperador á la faz de todas las naciones y por la imposibilidad de reprimir el adulterio y todos los excesos de la torpeza despues de un escándalo tan enorme. Contestó, pues, claramente al príncipe, que él jamás se prestaria á su torpe deseo, y llegó hasta amenazarle con la excomunion; y si no la fulminó, fué porque este príncipe, arrebatado de su pasion, le amenazó á su

(1) *Theoph. ann. 5 pag. 396.*

(2) *Bolland. tom 5, pag. 548, Vit. S. Taras. cap. 7.*



vez que de lo contrario abrazaría el partido de los iconoclastas que aún era muy numeroso. Mas cuando un soberano quiere el crimen, siempre encuentra cómplices que le ayuden; y así á falta del santo patriarca, el indigno ecónomo de su iglesia, el abad José, que era sacerdote, dió su bendición á tan adulterino matrimonio con grande escándalo de Constantinopla y de todas las provincias aun las mas lejanas. Luego á luego los gobernadores y otras personas de distincion, despreciando los sagrados lazos del matrimonio, ó se deshicieron de sus mugeres, ó tomaron muchas esposas á un mismo tiempo, levantando por todas partes la cabeza la licencia y disolucion con una audacia intolerable.

Dos hombres de Dios, Platon y su discípulo Teodoro, fueron casi los únicos que se declararon abiertamente contra este desorden (1). Eran estos dos solitarios de gran virtud, cuya conversacion y deseos estaban siempre fijos en el cielo; y así, dispensándose valerosamente de las reglas comunes de condescendencia, se separaron de la comunión del emperador. Platon, de una familia muy noble y muy conocida de antiguo en la corte, á la que juntamente con todos sus bienes habia abandonado, renunciando á las esperanzas del mundo para consagrarse á Dios, era generalmente venerado como hombre de rara sabiduría y de una santidad consumada. Sin embargo de la estimacion que se grangeara por su retirada y su virtud, estuvo tan escondido en la larga y violenta persecucion de Constantino Coprónimo, que ni sus parientes aun los mas cercanos sabia si existia. Habiendo tomado la emperatriz Irene la defensa de los católicos así que espiró el tirano, tornó Platon á dejarse ver en Constantinopla, y en ella obró

(1) *Vit. S. Plat. Bolland. tom. 5, pag. 346; Vit. S. Theodor. per Mich.*

muchísimas conversiones. Le ofrecieron el obispado de Nicomedia; pero muy lejos de volver á empeñarse en el mundo, movió á toda su familia á abandonarle, y reuniéndose todos fundaron el monasterio de Saccudion cerca de Constantinopla. Contra la práctica ordinaria, no admitió en él esclavos, así por la humildad religiosa que le hacia mirar á los hombres, aun los mas desgraciados, cual imágenes de Dios, como por atender á la pureza en razon de las mugeres esclavas que no era razonable separar de sus maridos. Imitáronle desde luego otros monasterios, aunque no faltaba quien tuviese esta reforma por ridicula.

Contaba Platon unos sesenta años, y rayaba en el punto mas alto su buena reputacion, cuando Constantino, hijo de Irene, contrajo el vergonzoso matrimonio que este santo abad y San Teodoro, su sobrino y sucesor, creyeron deber desaprobair altamente. Además de los recelos humanos tuvo Teodoro que hacerse superior á los vínculos de la carne y de la sangre, porque era pariente de Teodota, la esposa adúltera que Constantino acababa de subrogar á su legitima muger. Sin embargo de estar furioso el emperador, probó infinitos medios de atraer á los dos Santos á una vil condescendencia, y así dió á personas hábiles el encargo de que á ello los redujesen, y les hizo escribir muchas cartas, ya lisonjeras, ya amenazadoras: envió á la misma Teodota á su pariente Teodoro, y observando que todo era inútil se dirigió él en persona al monasterio de Saccudion. Mas ni Teodoro, que ya era abad en reemplazo de su tío, ni otro religioso alguno se presentaron á recibir al príncipe: nadie le habló: todos huyeron de él como si ya estuviera excomulgado. Se vió en la necesidad de regresar lleno de confusion, é hirviendo en tanta mas cólera, cuanto la misma vergüenza no la dejaba romper. Al regresar á palacio envió sangrientos sayones que

desgarraron las carnes con azotes al abad Teodoro, haciendo correr de todos sus miembros arroyos de sangre. Condujeron á Platon al monasterio de aquel abad José que habia celebrado el segundo matrimonio del emperador, y le encerraron en un oscuro calabozo, en donde le suministraban el alimento por un agujero. Dispersaron á setecientos solitarios, así de Saccudion como de los monasterios vecinos que, á ejemplo de Platon y de Teodoro, rehusaban comunicar con el emperador.

Los obispos vecinos á la corte guardaban silencio temiendo sin duda mayor desgracia; pero á los santos solitarios, que ya no tenían interés en este mundo, les pareció que su inflexible celo era el único medio de oponerse al desbordamiento de la impureza, y de preservar de total ruina la religiosa basa de los matrimonios cristianos. De este modo se espresó el abad Teodoro desde su destierro, no cesando de escribir desde allí en defensa de la santa pureza. «Pretenden los aduladores, decia, que respecto de los soberanos no es necesario seguir el Evangelio en su rigor; pero ¿por qué dice la Escritura que los grandes serán juzgados con mas rigor que los pequeños? ¿Tiene por ventura el príncipe distinta ley ni distinto legislador que los súbditos? ¿Se reputa él por un Dios para no reconocer mas regla que sus deseos? Si le es lícito abandonarse al adulterio, ¿estará prohibido á sus vasallos que le imiten?» Infundió el santo abad sus opiniones á los obispos del Chersoneso, del Bósforo y de otros lugares vecinos, y estos excomulgaron al emperador. Elogió mucho á Platon, no solo por su constancia, sino tambien por su prudencia, el Papa Leon III, á quien desde su destierro de Tesalónica dió cuenta de lo que habia ocurrido.

Habia muerto Adriano I en 25 de diciembre de 795, despues de un pontificado

de veintitres años, diez meses y diez y seis dias, uno de los mas dilatados y gloriosos desde San Pedro hasta entonces. Empleó igualmente que sus predecesores de un modo glorioso el grande aumento de riquezas y poder de la Santa Sede, y así es asombroso el número de iglesias y otros edificios de piedad que levantó ó reparó. Gastó en vasos y ornamentos sagrados hasta mil trescientas ochenta y cuatro libras de oro y mil setecientas sesenta de plata, y todavia tuvo medios para reparar los muros de Roma y construir muchos acueductos. Llevan sus bulas la fecha unas veces de su pontificado, otras del patriciado de Carlo-Magno, y algunas del reinado de los emperadores; y se observa en ellas una variedad que prueba entre otras cosas que la autoridad soberana no tenia todavia entre los romanos una atribucion fija y bien decidida.

En el mismo dia de la sepultura de Adriano, que fué el siguiente al de su muerte, fué nombrado sucesor suyo Leon III, romano de nacimiento, que desde su primera edad se habia formado en la virtud y ciencias eclesiásticas en el palacio de Letran. La pureza de sus costumbres, su piedad, su caridad, y su mansedumbre junto con el amor á la justicia, y su grande fortaleza con su elocuencia triunfadora, y las gracias ingénuas del discurso que anuncian las buenas cualidades del corazon y del talento, le grangearon tanto la estimacion y afecto público, que salió elegido por unanimidad y sin escepcion alguna por los obispos y el clero, y con unánimes aplausos de los grandes y del pueblo (1). Era presbítero del título de Santa Susana, y le consagraron al dia siguiente de su eleccion. Era naturalmente grande y generoso, y no tardó en distinguirse con sus liberalidades arregladas con prudencia, pero muy abundantes, sobre

(1) Anastas. in Leon. III.



todo para con el clero, cuyas rentas acrecentó considerablemente, como que se proponia proveerle de medios y facultades para que sin escusa egerciese tambien él la beneficencia cristiana.

Desde que tomó posesion de la Silla apostólica, preparó la grande mudanza que pronto se habia de verificar en el gobierno de Roma y de todo el imperio de Occidente. Remitió á Carlo-Magno (796) las llaves de la confesion de San Pedro con el estandarte de la ciudad, invitándole á que viniese á recibir, como patricio ó protector de los romanos, el juramento de fidelidad y los sinceros testimonios de su obediencia. Delegó el monarca con este objeto á Engilberto, abad de San Riquier, varon de los mas recomendables de su tiempo por las grandes dignidades que al principio ocupó en la monarquía, por su erudicion, por la que le llamaron el Homero, y por sus bellas prendas que le hicieron el caballero mas amable de la corte, y aun por sus relaciones con la princesa Berta, hija de Carlo-Magno; en fin, por su edificante retiro del mundo, y por aquella sólida y constante piedad con la que logró que le colocaran en el número de los Santos. Tales ministros tenia aquel sabio monarca. La respuesta que encargó á Engilberto estaba concebida en estos términos (1):

«Habiendo recibido con vuestras letras el decreto de vuestra eleccion, nos hemos regocijado mucho por la unanimidad con que esta se hizo, y tambien por tributárenos la fidelidad y obediencia debida. Estaba todo ya dispuesto para enviar á vuestro antecesor de santa memoria por Engilberto, uno de mis amados súbditos, los despojos que el Dios de los ejércitos se ha servido concedernos contra los bárbaros enemigos de su nombre, cuando me llegó la noticia de la pérdida que no ceso de llorar. Es verdad que el Apóstol dice que nadie se aflija por la muer-

(1) Aleuin. Epist. 84.

te de sus amigos; pero yo no lloro al Papa Adriano, y estoy convencido que vive con Jesucristo; mas como yo le estimaba tanto, no puedo hablar de él ni recordarlo sin verter lágrimas. Vos, digno sucesor de este digno Pontífice, podeis moderar la amargura de mi pena, concertando segun sus intenciones con Engilberto lo mejor que se puede hacer para la exaltacion de la Iglesia de Dios, de la santa dignidad de que estais revestido, y del verdadero honor de mi patrio; porque á fin de merecer la bendicion apostólica y la gloria de ser siempre el protector de la Santa Sede, quiero guardar invariablemente con Vuestra Santidad el tratado que hice con vuestro antecesor. Pues á mí me toca sostener con el auxilio divino la santa Iglesia de Jesucristo en todas sus partes: en lo esterior contra las irrupciones de los infieles; y en lo interior, contra los hereges. Y á vos, Santísimo Padre, corresponde alzar las manos al cielo á fin de que por vuestras oraciones y por la gracia de Dios logre siempre el pueblo cristiano la victoria contra todo género de enemigos de la Religion, y el nombre de Jesucristo sea glorificado en toda la tierra.»

Los despojos de los bárbaros de que se habla en esta carta consistian en los tesoros que los generales franceses habian traído de la Panonia, despues de saquear la capital de los hunos, y de cuyos tesoros enviaba el rey una parte considerable al Papa Leon, quien tan solo así pudiera hacer frente á las maravillosas empresas de su caridad.

Además de la carta que Engilberto debia poner en manos del Papa, habia confiado Carlo-Magno á este abad uaa instruccion secreta por la que notamos que este gran principe, ocupado en el gobierno de la mitad del mundo, no se manifiesta solamente cristiano y virtuoso, sino tambien hombre interior y capaz de dar á los estados las mas santas lecciones de la sublime perfeccion á que deben aspirar. «Si place á Dios, le dice, que llegueis con buena salud á ver al Pontífice apostólico nuestro Padre y Señor

en Jesucristo, cuando en vuestras conversaciones con él tengais ocasion, haciedle presente el modo con que se debe vivir en un puesto como el que él ocupa, y todo lo que interesa al gobierno de la Iglesia y á la conservacion de las santas reglas. Mas para hacer esto con mas eficacia, estudiad bien la disposicion de su espiritu, representándole con frecuencia y habilidad lo poco que ha de durar la elevacion en que se ve en esta vida, y el grande galardón destinado para siempre á los ministros fieles que cumplen con tan sagrados deberes. Dios, querido Engilberto, gobierne vuestra lengua y el corazón de Leon, y que este se muestre digna Cabeza de la Iglesia: que sea para nosotros buen padre, y que el Padre comun que tenemos en el cielo, cuyo lugar ocupa en la tierra, le conceda gobernarnos tan bien en los dias que nos quedan de vida, que por último alcancemos todos la dicha y descanso que jamás han de tener fin.»

Con igual energia mostraron los reyes ingleses su afecto á la Santa Sede. Luego que el rey Quenulfo supo la eleccion de Leon III, le escribió sujetándose á la misma dependencia que Offa su antecesor en el reino de los mercienses, y rogándole que le mirase como á su hijo adoptivo (1). Logró el restablecimiento del arzobispado de Cantorberi con todos sus derechos primitivos, así en cuanto á la ordenacion y confirmacion de los obispos como en cuanto á los monasterios; derechos que el rey difunto habia derogado por su enemistad con el arzobispo Lamberto. Celebróse sobre este asunto un Concilio en Becanceld (799), y por el mismo tiempo reunió Quenulfo otro para el restablecimiento de la disciplina y la observancia de la Pascua. Este último Concilio se celebró en Sinchal en la Stanglia (hoy Tinklei en Inglaterra), cuyo reino habia

(1) Tom. 7. Concilior. pag. 1109.

sido estinguido en 795 con la muerte del rey Etelberto honrado como mártir. Poco antes habian desembarcado en Inglaterra los normandos ó dinamarqueses, donde preludiaron ya las escenas de horror que pronto veremos desolar todas las costas del Océano, tales como el robo, los incendios y los desórdenes de toda especie que suministraban amplia materia de reparacion al celo del rey y al de los obispos.

Los cristianos de España no dieron menos contento al Papa Leon que los de Francia y los de Inglaterra (1). El primer año de su pontificado fué el tercero del reinado de Alfonso el Casto, así llamado por haber guardado continencia con su esposa Bertinalda, natural de Francia. Alfonso era muy digno por esto de la proteccion del cielo contra la lasciva nacion de los árabes, y en efecto les ganó uaa victoria de las mas extraordinarias por la multitud de infieles que mordió el polvo en el campo de batalla, y por las muchas plazas que les quitó, siendo una de ellas Lisboa. Dedicóse este monarca mucho mas á reconstruir las ciudades arruinadas, que á estender su dominio por las provincias casi desiertas que no podria repoblar sin arruinar sus Estados que eran muy limitados todavia. Salió vencedor en muchas otras batallas en los cincuenta y un años que reinó; y aunque tuvo algunos reveses, no bastaron estos á quitar á los cristianos de España el ascendiente que este rey les dió sobre los infieles; y así se verá que el poder de los españoles fué siempre en aumento desde esta época. En tan feliz reinado (en el año 806 segun unos, y en el 816 (a) segun otros), se descubrió en Com-

(1) Sebast. Salm. pag. 51.

(a) El P. Tolrá opina debió ser antes del año 814. Véase acerca de todo esto lo que dijimos en la pág. 862 del tomo primero, en la disertacion que acerca de la venida del apóstol Santiago y la existencia de su cuerpo en Compostela insertamos allí, extractada del P. Tolrá. (N. del E.)